

**Centro Nacional de Memoria Histórica
Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Pódcast Quisieron justificar lo injustificable

**Transcripción capítulo 6.
En Nariño la dignidad pudo más**

Pues verá, Nariño es tierra fuerte... de volcanes, de montañas, de mar y de selvas llenas de vida. Y así como es fuerte la naturaleza, así también su gente. Acá tenemos una historia de luchas sociales: vea, los pueblos indígenas, los afro, los estudiantes, los maestros, y también los campesinos, todos nos hemos organizado pa' defender nuestros derechos, para recuperar nuestras tierras, para cuidar la vida, como nos enseñaron nuestros mayores y mayores, que debemos cuidar nuestra Pachamama.

Pues claro, nuestra historia es de fortaleza y resistencia, y los paramilitares la vieron como amenaza, y la usaron de excusa para señalarnos y traer la violencia.

Pero desde cuenta, para nosotros nuestra historia, es una historia de dignidad, una que seguimos honrando sin creer en ningún cuento que pretenda justificar lo injustificable: ese proyecto paramilitar de despojo y de muerte que trajeron a nuestro territorio.

Estás escuchando: "quisieron justificar lo injustificable". Una conversación donde nos enfrentaremos a esos discursos que intentaron darle razón a la guerra y a la violencia.

Porque hay acciones que nunca debieron justificarse, y hay verdades que no podemos dejar de escuchar.

Una producción del Centro Nacional de Memoria Histórica.

Hoy en "quisieron justificar lo injustificable": En Nariño, la dignidad pudo más.

La llegada del paramilitarismo a Nariño, obedeció a diferentes intereses del Bloque Central Bolívar. Entre estos se destacan dos motivaciones asociadas a la fuerza del territorio: la diversidad natural apetecida por la agroindustria, la minería y los cultivos ilícitos; y un movimiento social sólido y en crecimiento, que representaba un obstáculo para su proyecto paramilitar, y que buscaban controlar o eliminar.

Para abrirse camino, estigmatizaron a las comunidades étnicas que cuidan la naturaleza, y construyeron discursos que presentaban la resistencia social como subversiva, señalando falsamente a lideresas y líderes como guerrilleros.

Pero en Nariño se sabe que defender la vida, la tierra, los derechos colectivos, y la identidad pluriétnica, no es un delito: es dignidad.

Acompañennos a descubrir cómo el paramilitarismo intentó justificar sus intereses estigmatizando la resistencia, mientras las comunidades reafirmaban, con orgullo, la historia de dignidad de su territorio.

¿Sí alcanzó a ver allá el volcán?

En estos días ha estado tímido, bien escondido con esas nubes, pero verá que ya se deja ver... y cuando lo vea, no va a querer irse de acá.

A ver, ¿que cómo vivimos entre volcanes? Pues... para una tierra fuerte, gente fuerte tenemos.

Y es que en nuestro sur estamos muy orgullosos de lo que somos: pura biodiversidad, agua por montones, y suelos que dan vida.

Pero le soy sincera: así como ha llegado gente buena, también han llegado esos grupos peligrosos, hombres armados buscando aprovecharse de los territorios, de nuestra gente.

¿Ha oído hablar del oro de Barbacoas?

Aquí siempre ha habido minería: vea, eso desde El Azufral hacia el norte, hay vetas por todo lado. Por el cerro del Gualcalá, por la ruta de La Concordia, la parte de Sanabria, todo eso, todo eso llenito de minería, y gente buscando oro por todos lados.

En el Telembí, allá lo que hay es puro oro de aluvión, de ese que se encuentra como pepitas en el río, ¿sí ha mirado?

Y Barbacoas siempre tuvo su oro, pero eso terminó fue convirtiéndose en una maldición para nosotros. La maldición de los recursos naturales.

Eso se volvió un imán, y durante siglos llegó de todo: europeos, mestizos, y criollos que venían a llevarse el oro a cualquier costo. Y ¿eso qué significó? Sometieron y explotaron a las personas indígenas y afros, poniéndolos a trabajar en las minas.

Ah, es que cuando la naturaleza se ve como un “recurso”, ya sabe... todo el mundo encuentra excusas para explotarla, y van quitando del medio a cualquiera que se les atravesase. El territorio nos queda destruido, mientras el supuesto “desarrollo” se va para otra parte, y lo que deja es pura destrucción.

Verá, el pueblo indígena Awá quedó en medio de esos intereses. Sus territorios colectivos eran justo donde las multinacionales querían buscar oro, uranio, agua, madera... de todo querían, todos esos.

Y como no podían entrar sin consultarles, porque eso es territorio ancestral, pues, ¿qué creen? Usaron la violencia: los desplazaron, los despojaron, y hasta los amenazaron, todo para quedarse con sus tierras.

Venga, venga, siéntese aquí cerquita, ahicito nomás, y sienta la calma de la laguna... ¿Sí ve por qué decimos que este lugar tiene fuerza? Cierre los ojos, porque este es un punto en donde renuevas tus energías, y es muy importante para nosotros.

Y como el oro, también pasó con la palma en Tumaco.

Por allá en los años sesenta iban a sembrando más de quinientas hectáreas, y los palmeros querían acumular más y más tierras. Eso drenaron los suelos, y no se imagina la cantidad de bosques que talaron.

Así fue como aparecieron esos hombres armados, llamados paramilitares. Eran sicarios, presionando a los campesinos y a las comunidades afro para que vendieran sus tierras, y si no, los despojaban. Muchas empresas palmeras se apropiaron de la tierra, con puras amenazas.

Luego pidieron que se formaran grupos civiles armados. Decían que era para protegerse de los ladrones, y que supuestamente solo querían dispersar a las organizaciones, de las comunidades afro, que se oponían al progreso, decían, pero terminaron fue asesinando a los campesinos que se negaban a vender sus tierras.

Le digo la verdad: en este país hay muchos responsables de la violencia, y varios empresarios —de aquí y de afuera— tienen que ver con la concentración de la tierra y, por lo mismo, con el conflicto armado. Ese que arrasó con nuestros territorios.

Usted me perdonará, pero las cosas hay que decirlas como son. Yo no le puedo hablar del paramilitarismo, sin contarle los intereses que estaban detrás... y además decirle de quiénes eran esos intereses.

Y yo le cuento, y sobre este territorio existían muchos intereses de actores ilegales, y entre esos le puedo decir que era bien fuerte el interés de esos narcotraficantes. Y en la costa, y en las fronteras, querían poner sus rutas para sacar las drogas; y en otros lados querían controlar la tierra para el narcotráfico. Así que hasta el centro y sur del departamento, quedaron metidos en esos problemas.

Y ¿sabe también que significó eso? Que en el departamento se extendieron los cultivos de coca. Para eso era que querían nuestra tierra. Y por allá en los años 92, empezaron los cultivos en Nariño, y para mediados de esa década ya se habían expandido. Aunque en realidad, en ese momento la cantidad de hectáreas no eran tan considerables, pero ya en los años dos mil eso aumentó.

Vea, pasamos como de unas dos mil hectáreas, a siete mil seiscientas; y para el 2010, o el 2011, quedamos de primeras en cantidad de coca sembrada en este país. No, definitivamente esas son las cosas de las que no queremos quedar de primeras, y sentimos hasta vergüenza más bien. Y eso empezó más que todo en el Llorente, en Barbacoas, pero en partes de la cordillera como Leiva, Samaniego, Cumbitara, por ahí también se expandieron esos cultivos. Y eso terminó siendo un foco de conflicto armado porque, claro, alrededor

estaban todos esos intereses en sacar ganancias de esa coca, los mismos actores que movilizaban la guerra y la violencia por acá en nuestras tierras.

Pero camine y nos comemos algo antes de irnos, un pite de cuy.

Pídase un pan de maíz con queso, o le recomiendo una aguapanela con cuajada.

¿Qué va a tomar, cafecito o aguapanelita?

Serían dos panes y dos cafés. Muchas gracias, mi señora.

Verá, como le decía antes, acá siempre se ha luchado con dignidad por la tierra. En lo que era Guachucal, acá en el Cumbal, y en Túquerres, la tierra la tenían unos pocos hacendados nomás, y todo eso era puro latifundio ganadero, y más que todo de producción lechera. De ahí habían despojado a los indígenas de los pueblos de los Pastos, y a los Campesinos.

Pero esa tierra era de ellos, y tenían sus títulos coloniales o republicanos que lo corroboraban. Así que con toda la fuerza, empezaron un proceso para recuperálas, lo que es justo ¿no?

Eso fue... Espere me recuerdo. Eso fue como en los años ochenta, y el resguardo de El Gran Cumbal fue el que empezó, y en octubre del 84, esa fecha sí la tengo bien grabada, recuperaron la Finca La Boyera. Eso eran como doscientas hectáreas.

Aunque eso no es nada, desde ese momento, hasta como el 2003, vea, en medio de la violencia y todo, ese resguardo logró recuperar dieciséis predios. Eso son como mil ochocientas hectáreas, increíble, ¿no?, y eso es mucha resistencia.

¡Imagínese! Esa primera recuperación subió el ánimo, y por eso en los noventa se fortaleció esa lucha, y en Guachucal se animaron, pero claro, los ganaderos y los terratenientes que decían que esos predios eran de ellos, no estaban contentos y entraron en pelear con los indígenas.

En medio de eso fue que lo torturaron y lo asesinaron, a un líder indígena muy reconocido: se llama Laureano Inampuez, y era un defensor de los derechos de su pueblo. Y le digo con mucha tristeza, viera, y no todos los casos quedaron registrados, y vaya usted a saber cuántos fueron en realidad.

En Túquerres la cosa fue parecida, los terratenientes y los ganaderos empezaron una persecución brava, bravísima contra los integrantes del cabildo, y los comuneros, y los amenazaron, y hasta los asesinaron. Ahí les quitaron la vida a muchas personas.

Camine, venga, apure y nos damos una vueltica en la lanchita.

Eso nos lleva a las trucheras, es un recorrido bien bonito.

Después sí nos vamos o se nos hace tarde.

Pero venga y le sigo contando...

En ese tiempo aparecieron unas gentes bien armadas, y eran “extraños” en motos, y que nadie conocía. Hasta ese momento no se habían identificado como paramilitares, y luego se supo que muchos sí eran paramilitares, y venían del Bloque Sur de Putumayo, estaban en entrenamiento, y el entrenamiento era venir a matar aquí, les enseñaban a alguien y ellos iban y lo mataban.

Imagínese usted, que su territorio lo cojan para entrenar matando a líderes. Definitivamente nuestras vidas no valían nada para ellos.

El grupo paramilitar que llegó del Putumayo, fue el mismo Bloque Central Bolívar, solo que allá llegaron antes, como entre el 98 y el 99. Ahí conformaron el Bloque del Sur del Putumayo, y después, como entre el 2000 y el 2001, llegaron oficialmente por acá a Nariño, y para nuestro territorio crearon el Bloque Libertadores del Sur. Y le digo oficialmente, porque como le contaba antes, desde años atrás ya andaban asomándose por el Pacífico, y por la zona de la cordillera, como grupos de seguridad. Y ya cuando lamentablemente estaban de manera oficial en nuestro departamento, ahí sí amenazaron a todo el mundo, y públicamente. Y en 2001 sacaron un comunicado diciendo que cualquier recuperación de tierras, sería castigada con la muerte.

Para ellos, defender el territorio era “subversivo”, “guerrillero”, y para nosotros era la dignidad del pueblo la que defendíamos.

Mire, mire... el volcán se asomó. ¿Sí ve esa presencia que tiene?

Como le decía, es que aquí el movimiento social ha sido muy fuerte, y eso también les incomodaba.

Acá desde la década de los veinte se empezaron a conformar los sindicatos, y veinte años después, en los cuarenta, eso cogió fuerza con los maestros y las maestras. Y en los sesenta más que todo los estudiantes y los sindicatos de maestros, se movilizaron fuertemente para que tuviéramos servicios públicos justos, para que el transporte fuera digno, y para que respetaran la autonomía de la universidad pública.

Acá desde la década de los veinte se empezaron a conformar los sindicatos, y veinte años después, en los cuarenta, eso cogió fuerza con los maestros y las maestras. Y en los sesenta más que todo estudiantes, y el sindicato de maestros, se movilizaron fuertemente para que tuviéramos servicios públicos justos, para que el transporte fuera digno, y para que se respetara la autonomía de la universidad pública. Y, además, en este departamento se hablaba de temas importantes para el país: la paz, el desarrollo, el Plan Colombia, y todo eso. Es decir, acá siempre ha existido un pensamiento crítico.

Y en el Pacífico, en los ochenta, la gente se levantó, y esos fueron los movimientos cívicos del Taminango, Tumaco, y Barbacoas, porque imagínese, esa época ni había luz, ni alcantarillado, ni vías.

¿Sí ha escuchado sobre el Tumacazo? Eso fue un levantamiento histórico contra el abandono, y estaban exigiendo lo mínimo, pero lastimosamente como siempre, lo reprimió la Fuerza Pública y dejó más de quince muertos. Eso da una tristeza, que usted no pueda ni exigir sus derechos.

Y en la cordillera también se movieron: en Leiva, El Rosario, Policarpa... en todas esas partes se movilizaron, y se tomaron las vías para exigir educación, salud, energía, y por la reforma agraria y la protección ambiental. Mejor dicho, lo necesario para vivir bien, con dignidad, y no es más.

¿Y qué hicieron los paramilitares ante esa situación?

Pues irse contra los líderes y las lideresas.

A todas las personas que por allá en el 99 participaron en el bloqueo de la Panamericana, en una de las movilizaciones, años después el Bloque Libertadores del Sur los declaró como objetivos militares.

Y que eran “izquierdos”, que eran “guerrilleros”, y que no sé qué más cosas, y todo para justificar la violencia.

Hasta hubo complicidad de la Fuerza Pública y la Fiscalía. Eso fue una triada criminal. ¡Imagínese! Los que nos cuidaban, ayudándole a los que nos hacían daño.

Bueno, apúrese y camine que el bus nos deja.

En el camino seguimos hablando, así se entretiene.

Venga, venga, le cuento algo que eso no es de creer.

Por allá en los finales de los noventa, las unidades de inteligencia del Batallón Boyacá, y ese otro que se llamaba... el Batallón Cabal, se pusieron a hacer un listado, como un organigrama, y ahí señalaban a un montón de gente diciendo, según eso, que eran de las FARC o del ELN. Pero ahí más que todo aparecían líderes sociales, defensores de los derechos humanos, y gente conocida de por acá.

Nunca les abrieron procesos ni nada... pero qué casualidad que con el tiempo varios de esos nombres empezaron a recibir amenazas de los paramilitares. Ahí es cuando uno empieza a ver la complicidad, ¿sí se da cuenta?

Y espere y verá, que lo más duro es esto: el primer nombre en esa lista era el de César Orlando Ordóñez, y era un defensor público muy querido en Nariño. Lo señalaron falsamente de ser el comandante guerrillero,

alias *Aldemar Bastidas*. Esa información se la filtraron a los medios, y esa revista *Semana* terminó publicando una foto suya, y poniéndolo como guerrillero. No confirmaron, publicaron y ya.

Y César no se quedó quieto: eso fue y presentó acciones legales, y al final la revista tuvo que reconocer públicamente que se habían equivocado, y que él no era ningún guerrillero, sino un dirigente muy respetado.

Pero ya sabe cómo es esto... cuando ese señalamiento se suelta, por más que uno lo aclare, el daño ya está hecho. Las amenazas siguieron, y en el 2002 los paramilitares lo asesinaron en pleno Pasto.

¿Qué tal, ah? Uno queda sin palabras, y con una tristeza y una decepción.

No, es que si yo le digo que en esos años, por allá entrando al 2000, la violencia acá se puso muy brava. Las violaciones a los Derechos Humanos se multiplicaron, y el proyecto paramilitar cada vez se expandía más por todos los lados.

Pero mire, acá el movimiento social no se quedó quieto. Más bien, se giró con más fuerza hacia la paz, y se concentró más en defender los derechos humanos.

Empezamos a construir procesos por todas partes: que Samaniego, Territorio de Paz; el Laboratorio de Paz, del Macizo; y que el Pacto Local por la Paz, el programa “Teatro por la Paz”, que la Minga por la Paz, la Casa de la Memoria en Tumaco, la Agenda de Paz, el Plan Estratégico para la Paz... Mejor dicho, el departamento entero poniéndole el pecho y la creatividad para la construcción de paz.

Y de todo eso salieron cosas muy importantes: salió el capítulo de Nariño, del Comité por la Defensa de los Derechos Humanos, en el 2003; y por allá en el 2005 se creó la seccional del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, el MOVICE.

Así que, como le decía, esta es una tierra fuerte, y aquí nuestra historia de resistencia es un acto de dignidad colectiva, no una excusa para venir a criminalizar a las comunidades, y eso fue lo que quiso hacer el paramilitarismo. Y es que resistir no nos hace enemigos.

Y el país —y el mundo— tiene que saber que defender la vida, el territorio, y la autonomía, no es un crimen. Tenemos que desmontar esa estigmatización que nos dejaron como parte de su estrategia, porque eso nos ha marcado durante años.

Y aunque han intentado callarnos, y justificar lo injustificable... recuerde algo: Nariño no se rinde, carajo.

Nariño es un territorio biodiverso y pluriétnico, con una larga historia de organización social. Estas fortalezas —su resistencia, su pensamiento crítico y su dignidad colectiva— fueron las que el paramilitarismo vio como estratégicas para expandir su ocupación territorial.

En los años noventa, el departamento se convirtió en un punto clave para los intereses económicos del Bloque Central Bolívar: corredor para el narcotráfico, escenario de disputas por la tierra para monocultivos y megaproyectos, y zona de expansión de los cultivos de coca desde Putumayo.

Al mismo tiempo, en Nariño venía creciendo aquello que los paramilitares percibían como una amenaza y un obstáculo para su proyecto: un movimiento social en auge, sindicatos articulados, estudiantes y docentes promoviendo pensamiento crítico, pueblos indígenas y afro luchando por la recuperación de sus territorios, y comunidades denunciando la falta de condiciones dignas para vivir.

La llegada del paramilitarismo abrió paso a un modelo de acumulación violenta que buscó explotar los bienes naturales, y desconocer los derechos de quienes siempre han cuidado estas tierras. Frente a ello, las comunidades resistieron y defendieron su autonomía.

Para el paramilitarismo, estas expresiones eran “subversivas” y debían ser eliminadas. Para las y los nariñenses, en cambio, son muestra de su dignidad. Por el contrario, el discurso paramilitar no es más que una excusa para justificar lo injustificable: que estigmatizaron a todo un territorio para poder expandirse, por todo el país, con violencia y despojo.

Este pódcast se basa en los hallazgos que se encuentran en los Informes no. 18, y no. 19, El Bloque Central Bolívar y la expansión de la violencia paramilitar. Tomo II, “Todo el mundo sabía que eran ellos”: el Bloque Central Bolívar en Nariño, Putumayo, Caquetá y los Llanos orientales”; y tomo III, “Quisieron matar la utopía: la imposición del orden no deseado”, de la serie: Informes sobre el origen y la actuación de las agrupaciones paramilitares en las regiones.

Las y los invitamos a conocer más sobre el contenido de este y otros informes producidos por la Dirección de Acuerdos de la Verdad, en los próximos episodios.

Encuétralos en la página centrodememoriahistorica.gov.co.